

La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 30 de Enero de 1909.

Núm. 92.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA

EL PRIMER OLVIDO POR GUSTAVO VIVERO

Después de la virgen de los Dolores, lo mejor de Albaleda era la hija del señor Frasco. Mujeres y hombres, mozas y mozos, todos convenían en lo mismo, á pesar de ser muchas las envidiosas y muchos los desdichados.

Para hermosa, como amanecer de Mayo, Mariquita. Para sandunga y garbo, Mariquita. Para andar con gracia, terciarse el pañolón, repicar las castañetas y llevarse á los hombres de calle, Mariquita. Sobre los desdenes alcanzados de la linda moza por los hombres de más poca fortuna, y sobre las envidias, rivalidades y celos de las otras muchachas del villorrio, era el nombre de la hija del señor Frasco como conjuro bienhechor y misterioso que hacia deponer todos los odios y todas las antipatías en aquellos que podían mostrarse quejosos de los desdenes y hermosura de la adorable chiquilla. Y como Mariquita no se contentaba con ser muy bella, muy alegre y muy graciosa, sino que era, además, tan buena como los propios ángeles de cielo y muy cariñosa, desprendida y humilde para todos, los hombres que habían recibido su repulsa la perdonaban de todo corazón, y las mozas, aquellas que vieron á sus novios y rondadores seguir y florearla, olvidaban el agravio á su orgullo y hasta comprendían la traición volandera de sus amadores.

Después de la virgen de los Dolores, Mariquita, la hija del antiguo caballista, era el orgullo del pueblo. Como la santa, tenía sus devotos. A la iglesia, los domingos, y á los bailes, á la noche, los días de fiesta, la seguía una corte de muchachos, de lo mejor y más granado de Albaleda, y de quererlo ella, la brevedad de su mano se la hubiesen disputado todos á navajazos y cuchilladas. Pero Mariquita, que se sabía hermosa y no ignoraba el poder fascinador de sus bellos ojos sobre el corazón de sus respetuosos amadores, ni daba esperanzas de cariño á ninguno, ni ilusionaba á nadie con la asiduidad de sus bondades, ni admitía más vasallaje y rendimiento que los de una amistad franca, de hermanos. La caricia de su mirada, el consuelo de su sonrisa y la amable lisonja de su conversación y de sus bromas, era igual para todos y las repartía equitativamente entre aquellos que ya no tenían más ilusión que seguirle á todas partes, sin duda temerosos de que hubiera un afortunado, dueño absoluto de su sonrisa, de su charla picotera y de sus bromas.

Además, el señor Frasco imponía respeto. La fama y celebridad del antiguo caballista, su coraje y su bravura bastaban para guardar á Mariquita de la codicia de los más atrevidos y ponerle cierto pavor á los menos aprensivos con largueza de aventuras de amor.

—Se casará con el que yo quiera y ella quiera—había repuesto á todas las preguntas oficiosas.

Cuando algún curioso quiso ir más lejos en sus averiguaciones, el señor Frasco lo atajó con viveza.

—Si es rico, tendrá que saber coger una azada. Si es pobre, tendrá que hacerse rico. Ladrón fui por el

querer de la madre de mi chiquilla, y ladrón será, si lo deseo, el que me aparte de ella. ¿Estamos?

Y en verdad que el señor Frasco lo haría como lo hablaba. Para creerlo, era suficiente aquel su movimiento de alzarse los dobles caídos de la faja al rematar las conversaciones en las cuales ponía algo de su eterno mal humor. Entre la faja y la blancura de la tosca camisa veíase el mango del tremendo cuchillo, y como él no era hombre que prometía en vano nunca, los más audaces, los que más allá llevaban sus locuras por Mariquita desandaban lo andado y en el cariño de otra moza buscaban y hallaban remedio á sus males.

El señor Frasco no era tampoco un miserable. Su cortijo tenía allá en la sierra y suya era la casa y suyos eran los olivares que había á la salida del pueblo.

—Todo para mi chiquilla—como él decía—. Y sobre esto, un regalo. El señor Frasco no se oponía á los amores de su hija. ¡Ni pensarlo!

—Yo no le digo á nadie que no la ronde. Ahora, ¡el que sea guapo que haga punta!

¡Demonios harían los mozos antes que pinturar delante de la casa de Mariquita! Por eso, los más atrevidos se contentaban con verla salir de misa los domingos, muy sola, muy peripuesta, graciosa y sonriente, con «cara de enamorada», según decían las viejas del villorrio.

Mas el hombre propone y Dios dispone, y Dios había dispuesto que Mariquita no fuese tan adusta como su padre y tuviera el corazón en su sitio cual todas las mujeres y las mismas pajaritas en la cabeza que las muchachas de su edad. ¡Ya tenía ella buen cuidado de guardar su secreto, todas las cosas bonitas que pensaba á solas y las ansiedades de su corazón tras la alegre sonrisa que desfloraba la seriedad de su rostro y sus apariencias de indiferente al cariño! Á ella, á ella sola que hubiera podido decirlo, nadie le preguntaba si quería ó no quería á alguien, y si su alma reía como su cara y desafiaba cual sus ojazos negros. ¡Y aunque se lo preguntasen! Su secreto era de ella sola, lo sería siempre, hasta que se humanizase un poquito su padre, suprimiera aquello de «si es pobre, tendrá que hacerse rico», ó endulzara la intención que ponía en su advertencia á los probables rondadores de su casa.

Y su rabia, su tristeza, su amargura y su temor crecían advirtiendo el recelo cuidadoso de su padre, su desconfianza, sus idas y venidas durante el día y sus rondas, á la noche, alrededor de la casa, oculto entre los olivares. ¡Demasiado feliz había sido con los sobresaltos de su secreto para que su felicidad durase mucho! Un descuido, una ligereza no más y su paraíso se trocaba en infierno, su ventura en irremediable desgracia. Hasta miedo tenía de que cualquier noche, en sueños, se le escapase aquel nombre querido, que para ella lo era todo y cuyo recuerdo la recompensaba con largueza de sus amarguras, de sus rabias y de sus desesperaciones...

Por eso, aquel hermoso día de

Pascua, Mariquita, la de negros ojazos, la de andar gracioso, la chiquilla más envidiada de las mujeres y más solicitada de los hombres, la de la «cara de enamorada», por primera vez en su vida, no rió alegre á las flores de los mozos y á las lisonjas de las viejas al salir de misa y cruzar el corro de sus adoradores.

¡Aquella mañana sí que se parecía á la virgen de los Dolores!

*

¡Qué despertar más desconsolador, Dios bendito! Era una crueldad muy grande conceder sueños tan hermosos, con tantas cosas agradables, para luego, al abrir los ojos, convencerse del triste engaño y desesperarse nuevamente. ¡Tan bien como parecía haberse arreglado todo! ¡Pobre contento de Mariquita!

Sus deseos eran quienes le habían hecho soñar en cosas tan lindas, y no era su padre, el señor Frasco, el que hubiese cambiado de opinión respecto á su novio, ni Juan Antonio el que pudiera creerse con derecho á su cariño. ¡Tanta ventura no podía ser cierta!

Juan Antonio...

De madrugada, recién despierta,



entre el agradable calor de las sábanas, en su alcoba de soltera, aquel nombre apenas pronunciado, pareció derramar la malicia de una mirada indiscreta. En su amargura, Mariquita sonrió gozosa de su sobresalto de niña ingenua.

¡Esta felicidad era la que envidiaban sus amigas!

En todo el villorrio la única que no podía querer á su gusto era ella.

Su cariño había de ocultarlo, y sus temores y penas al pensar en la posibilidad de que llegare un día en que Juan Antonio y el señor Frasco se viesen frente á frente, cual enemigos encarnizados prontos á despedazarse; aquellas lágrimas que brotaban de sus ojos, tan ponderados de hermosos, también debían ser un secreto para todo el mundo, para ella sola. ¡Buena envidia estaba aquella!

Y Mariquita, para enjugarse una lágrima rebelde, descubrió el encanto de sus brazos desnudos. Aquellos brazos correspondían á su «cara de enamorada». Y mujer al fin, y más que mujer, niña coqueta, miró con gusto sus hermosos brazos, complacida en su amor propio, y tuvo un pensamiento malicioso para el ausente.

¡Si supiese Juan Antonio lo que ella pensaba algunas veces!... Y se ruborizó en la soledad llena de penumbras de su alcoba de soltera.

Viendo sus brazos, lindos y grosezueros, recordó las anchas y rudas manazas de Juan Antonio. ¡Cuántas veces, en sus encuentros en los pasillos solitarios, cogía él, en una manaza suya, las dos menuditas de

la blancura y delicadeza de sus brazos y lo fino, elegante y hermoso de todo su cuerpo, se le antojaban cosas muy de chiquilla al lado de la tosquedad, el vigor y la fortaleza de hombre saludable de su Juan Antonio.

¡Qué bien se sentía á su lado! Recordaba el temor y el respeto de los mozos para Juan Antonio, y el dominio que ella ejercía sobre el terrible hombrón, y su orgullo de mujer se satisfacía en la lisonja. ¡También sufría él! El día antes, al obscurer, en las pocas palabras cruzadas allá en el patio, contando-se sus temores, había visto nublarse sus ojos, aquellos, ojos duros, bravos, fogosos, de hombre fuerte, todo corazón.

—¡Que nos vigile!—le había dicho—. ¡Que haga lo que quiera! Para mí es tu padre... Pero tú no serás de otro, aunque se empeñe el mundo entero.

—No lo creas. No sabe nada—le tuvo que decir, ella para confiarlo.

Como viese que él se quedaba pensativo, le expuso su antojo. Quería un ramo muy grande de azahar para ponérselo á la virgen. Era una promesa que le había hecho á su santa, á la santa de toda su familia, á la virgen de los Dolores, para que los favoreciese y le quitase de la cabeza al señor Frasco el pensamiento de casarla con un hombre rico. ¡Y qué segura estaba ella de que su santa le concedería aquel favor!...

—¡Oh! Sí. Era seguro.

Aquella esperanza la volvió á la realidad. Al ver el hilillo de luz que se diluía en la habitación por el resquicio de la ventana, se sobresaltó un poco. Debía de ser muy de día. Y ágil y desenvuelta, con un impulso vigoroso, separó las sábanas y saltó al suelo envuelta en la suave veladura de la camisa; en el impudor de una desnudez honrada.

—Tal vez Juan Antonio la aguardaba ya con el manojo de azahares. Y las ganas de ver á Juan Antonio y oír su voz y los deseos de cumplir la promesa, la estimularon á vestirse á la carrera. ¡Hasta perezosa la habían hecho las penas, á ella, siempre tan madrugadora!

Pero la coquetería la detuvo ante el espejo. ¡Estaba hermosa en su descuido casero, en aquel encantador desarreglo de la mañana! Más encendidos los ojos, un poco pálido el rostro, con las ojeras del insomnio. Y salió esperanzada y alegre.

En el pasillo vio á Juan Antonio. ¡Cuánto azahar, Dios bendito! ¡Bruto había de ser para todo! ¡Pues no traía toda una carga! Con aquel azahar había para cubrir toda la virgen, para hacerle un lecho grande y aromoso.

El extremo del mozo le agradó mucho, fué una caricia de halago para la tristeza de su alma. Juan Antonio debía de ser igual para quererla, para adorarla en el secreto de sus amores á hurtadillas.

Pero su gozo sólo fué volandero. En la cara del rudo hombrón veía la amargura de un desaliento muy grande, la angustia de una tristeza honda. Aquello la sobresaltó.

—Juan Antonio.

—Nena.



Los azahares rodaron por el suelo, se derramaron de sus brazos en un chorro brusco, dolorido, á los pies de la hermosa chiquilla.

—Tu virgen te ha faltado— murmuró, apenado, el mozo—. Ya es tarde... El señor Frasco lo sabe todo. ¡Lo que Mariquita sintió en su alma! En el dolor de Juan Antonio veía clara su desgracia, aquella separación que tanto la mortificaba.

—¿Y tú?

Y en la pregunta compendiaba y resumía todos sus temores y celos, el presentimiento de su desventura.

—Me voy... Me ha despedido. Y antes de que ella pudiese resistirse á oponerse, Juan Antonio la alzó en vilo entre sus brazos poderosos y puso un beso en sus labios.

—¡Déjalo, nena! ¡Que haga lo que quiera! Aunque se empeñe el mundo entero no serás de nadie.

*

Para cariño, para querer hondo y con fuerza, Mariquita. Y para desgraciada, para sentir la tristeza de una desventura muy grande, Mariquita.

Después de la virgen de los Dolores, no había en toda Alameda una cara tan hermosa y tan triste como la de la hija del señor Frasco, la de los grandes ojos negros, la del andar gracioso, la de «cara de enamorada», orgullo del pueblo, desvelo de hombres y envidia de mujeres.

¡Si que valía la pena ser hermosa y rica!

—¡Qué mal, qué poco la quería su virgen! ¡Y eso que era el primer favor que la pedía, la única vez que la importunaba con un ruego!

En la soledad de la habitación, con la labor interrumpida entre las manos, su desamparo le parecía mayor, más cruel, más punzante... Lejos, ¡Dios sabía dónde! Juan Antonio. Su padre, el señor Frasco, adusto y enojado contra ella, celándola de día, rondando los contornos de la casa á la noche. Y su santa, aquella santa de toda la familia, en quien tanta fe y de quien tanto esperó siempre, desoía su ruego y se mostraba indiferente á su dolor...

Mariquita alzó la cabeza y miró con pena el altarcito iluminado, donde se marchitaban los azahares cogidos por Juan Antonio, los últimos que le había traído. E inclinó la cabeza sobre el pecho para oler el perfume marchito de los que llevaba prendidos en manojo.

¿Quién los habría traicionado? Tal vez algún envidioso de él, quizá alguna envidiosa de ella... ¡Pero había nadie más envidioso que sus ojos y más envidiosa que sus miradas! Envidia de verse uno á otro, de acariciarse con la vista, de hacerse promesas de amor y decirse aquellas cosas que la boca se callaba. Debían de habérselo figurado, tenerlo todo previsto para cuando llegase el instante en que su padre, el señor Frasco, pusiese entre ellos una separación á todo trance.

Del antiguo caballista, el bandolero encanecido, no se podían espe-

rar blanduras. En sus cóleras era terrible, cruel, despiadado. Y para que los temores de Mariquita fuesen más desesperantes, á la vista estaba la prudente prevención del señor Frasco de limpiar el mohoso retaco y echárselo de compañero para rondar de noche, los alrededores de la casa.

Sólo de pensar que Juan Antonio, deseoso de verla, se atreviese á rondar la casa, se estremecía de pies á cabeza y recorría todo su cuerpo una caricia de frío. Juan Antonio era valiente de sobra para proponerse verla y hablarla. Y tenía miedo, mucho miedo de aquel hombretón grandote, de ancho pecho, rudas manazas, fuerte y nada cobarde. También debía de ser terrible en sus desesperaciones. Y Mariquita se acordaba de la facilidad, de la ligereza con que la había alzado en vilo entre sus brazos poderosos, en sus manazas de hierro, el día de la desgracia.

El señor Frasco y Juan Antonio, frente á frente, enemigos encarnizados, prontos á despedazarse...

La violencia de aquel pensamiento, cruel y despiadado, la hizo alzar nuevamente los ojos al altar, donde la virgen de los Dolores mostraba la angustia honda de un dolor profundo. Sin saber por qué, vino á sus labios la frase de las viejas del villorrio:

—Después de la virgen de los Dolores, la hija del señor Frasco.

¡Cuántas noches, desnuda, había corrido á la ventana temerosa de que Juan Antonio hubiera ido á verla! ¡Cuántas veces su angustia, un punzador sobresalto le hizo confundir con la de Juan Antonio la voz que en la lejanía contaba el lamento de una canción de amor ó de penal...

—¡Mariquita!

La rudeza y el enojo de la voz del señor Frasco, lo brusco de la llamada, la sobresaltaron, la hicieron salir del encanto de sus ideas.

—¿Pero se cena en esta casa?— añadió aún, apareciendo—. Tú estás loca, muchacha. ¿Quieres que me incomode de veras?

Aquello era lo que le faltaba á Mariquita para deshacerse en lágrimas. Pero pudo más que su pena el orgullo de su raza, el amor propio de la hembra impetuosa que se ocultaba dentro de ella, y ahogó su amargura. ¡Lo que le importaba á nadie que ella sufriese! Y siguió á su padre.

En la mesa los dos solos, frente á frente, el señor Frasco miró con fijez a su hija. A pesar de su palidez y de sus grandes ojeras, Mariquita estaba hermosa. El antiguo caballista, el bandolero encanecido, sintió halagado su orgullo de padre, el amor propio de los hombres duros, fuertes y rebeldes de su raza. Para él aquella palidez y aquellas ojeras eran el sufrimiento, tal vez la desesperación de su hija, y se alegraba de verla un poco esquiva, un poco adusta, sin preguntarle nada, sin oírle un lamento y sin advertir una lágrima en sus ojos. Así la quería él: brava, fuerte, orgullosa. Era la mis-

ma sangre, el mismo coraje, la misma rabia de él allá en la juventud, cuando la oposición y la tenacidad de otro padre lo separaban de su Ma-



riquita. Al verla llorar ó quejarse, la hubiese despreciado, no hubiera sido su hija.

La cena fué silenciosa, triste. El señor Frasco no habló palabra y Mariquita estuvo muda. ¡Para comer y hablar estaba ella! Ni siquiera se atrevía á mirarle los ojos á su padre para no confirmar sus temores. Solo, muy sola, era como deseaba hallarse para recordar su ventura de otros días y la desesperación de la desgracia que presentía, en el posible encuentro de los dos hombres. Y se levantó y dió las buenas noches á su padre.

—Ven acá, loca—le dijo el señor Frasco al verla irse—. No seas rencorosa.

Era verdad. Se había olvidado del beso de todas las noches. Sintióse avergonzada ante su padre, y le presentó la frente, humilde, con muchas ganas de llorar.

—¡Anda con Dios, ingrata! Y en la despedida del señor Frasco había broma, tristeza y amargura.

*

La noche era larga, interminable. La entristecida moza había oído dar las doce, y luego la una, y después las dos en el reloj de la sala, y hasta ella llegó la melancolía de las coplas que allá en la carretera, al pasar, cantaban los trajineros para acompañarse en su soledad.

Sin saber por qué, aquella noche tenía miedo, mucho miedo, más que ninguna otra. El corazón, que jamás la engañó, hacía la sentir algo inesperado. Dos veces, al oír el co-

mienzo de un cantar, creyó que era la voz de Juan Antonio la que cantaba, y en otras tantas ocasiones entreabrió la ventana para convenirse de que el pobre mozo no rondaba los alrededores. En su continuo sobresalto, acabó por vestirse y abandonar el lecho. Y para calmarse, para endulzar su pena, para aliviar la congoja que la ahogaba, se puso á rezar. No era posible que todos la abandonasen en su desesperación silenciosa.

Allá en lo lejano, una voz bronca derramó la tristeza de un cantar punzador:

A cerezas en montón
tengo comparás las penas;
si se quiere sacar una
salen luego media ocena.

Mariquita corrió á la ventana. ¡Aquella vez no la engañaba su corazón! Alguien había tirado una piedra á los cristales. Y abrió con fuerza las maderas, en una desesperación gozosa.

Allí estaba él, su gigante, su Juan Antonio.

—¡Juan Antonio!

—¡Nena!

Y luego se siguió un grito de Mariquita, angustiado, de locura.

—¡Padre! ¡Padre!... ¡Por Dios! ¡No tire!

Era el señor Frasco en persona, que aparecía amenazador en el claro del rayo de luna, con el retaco á la cara.

—¡Lárgate de ahí, bandido, ó disparo!—fué el saludo del antiguo caballista al mozo enamorado.

—¡Por Dios, Juan Antonio! ¡Vete!

Entonces, con una calma y una tranquilidad más grande que su cuerpo, habló Juan Antonio.

—No te apures, nena... El señor Frasco no asesina á nadie.

Para el antiguo caballista, señor de campos, sierras y caminos, para su orgullo de hombre valiente, aquellas palabras fueron un latigazo. El señor Frasco bajó el retaco amenazador.

—Tienes razón, muchacho... Los hombres como yo se matan con otros hombres, pero no asesinan. ¡Anda!

En la obscuridad de la noche, brilló la hoja de su cuchillo.

—Tampoco, señor Frasco... No traigo ni un alfiler... Usted es sagrado para mí. He venido á ver á Mariquita, y na más.

—¡Es que te pego, Juan Antonio!

—¡Padre!—y como un hombre, aquella chiquilla de «cara de enamorada» saltó la ventana—. Vete, Juan Antonio... No, padre, no.

—¡Hasta cobarde!

—No, señor Frasco. Cobarde, no... Con usted no puedo reñir.

—Pues, entonces, ¡so ladrón!, ¿qué vienes?

—A por Mariquita.

—O por mis riquezas.

Hubo un instante de silencio; Mariquita se había abrazado á su padre. —Le voy á probar á usted que no quiero riquezas.

En la voz de Juan Antonio había resolución y firmeza.

El señor Frasco miró al hombretón aquel, tan tranquilo, tan sosegado... Estaba hermoso... Sintió en su pecho el calor del pecho de Mariquita... Se acordó del olvido de aquella noche, de aquel beso de todos los días durante dieciocho años, y bajó la cabeza... También á él lo había hecho bandolero el amor de una mujer...

—¿Probarás tú eso?—dijo ya sin cólera, apaciguado por la amargura de los recuerdos.

—Yo, señor Frasco... Pegándole fuego á la casa, al cortijo, á medio mundo... Diga usted que sí, y lo hago.

¿Qué pasó por el alma del señor Frasco? Fué la memoria de aquel cortijero asesinado, que allá en los primeros días de merodeo, lo traicionó sin escrúpulo. Y fué él, hombre valiente, el que realizó la hazaña, llevando su crueldad hasta negarle los minutos que le pedía para ponerse á bien con Dios. Y pensó otra vez en el beso de su chiquilla, en su desesperación silenciosa, brava y fuerte, incapaz de pedir misericordia...

—No, Juan Antonio. No quiero que lo pruebes. Queréos... Pero no me lo agradezcas á mí... Agrádecse solo á ésta...

Y luego, al oír de Mariquita, con una dulzura que no tuvo ni sintió nunca, expresó su sentimiento muy pasito.

—No quiero más olvidos...



GUSTAVO VIVERO

"EL CABALLERO LOBO,"



PROTAGONISTAS DE LA ORIGINAL OBRA DE LINARES RIVAS, ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO ESPAÑOL, Y EN LA QUE LOS PERSONAJES FIGURAN ANIMALES

SOLO PARA SEÑORAS



CURIOSÍSIMO APARATO ELÉCTRICO QUE ACABA DE INVENTARSE EN BERLÍN Y QUE, COMO EXPLICA EL GRABADO, ES DE GRAN UTILIDAD PARA QUE LAS SEÑORAS PUEDAN SECARSE EL PELO CON RAPIDEZ DESPUÉS DE LAVARSE LA CABEZA

LAS ESTAFAS DE ZABALA



CONCEPCIÓN MONDEJAR, MÁS CONOCIDA POR «LA JUANECA», PRESA EN BUENOS AIRES POR SOSPECHAS DE QUE ESTÉ COMPLICADA EN LAS ESCANDALOSAS ESTAFAS QUE LLEVÓ A CABO RICARDO ZABALA

MISS ELKINS SE DIVIERTE



MIENTRAS QUEDARON SUSPENDIDAS LAS RELACIONES DE LA MILLONARIA YANQUI CON EL DUQUE DE LOS ABRUZOS, MISS ELKINS TOMÓ LA RESOLUCIÓN DE DIVERTIRSE, PROCURANDO OLVIDAR SUS PRINCIPALES AMORES

UN INTERESANTE MUSEO DE MUÑECAS



La señorita Koenig, inspectora general de enseñanza, ha inaugurado una notable Exposición de muñecas en la calle de Gay-Sussac, de París. Muéstranse en el completo museo los trajes usados en los departamentos de

Francia y figuras de actualidad mundial, propiamente vestidas, así como trajes de los diferentes países. Nuestro grabado representa tipos populares de Suecia, la reina Radegunda y muestra de los vestidos usados en la Algeria y el Congo.

Las aventuras extraordinarias de un mago.

(Véanse los tres números anteriores.)



Otras experiencias.

Los dos personajes de que vengo tratando permanecieron entre nosotros a guisa de días más. Por los medios de que disponemos todos los ocultistas, yo me procuré su amistad, y gracias a esto hicieron en mi obsequio alguno de sus experimentos más notables. Encendieron una gran hoguera, nos colocamos a su alrededor, sentados en los vértices de un triángulo imaginario. Comenzaron a cantar y a echar al fuego hierbas y unos polvos minerales que examiné cuidadosamente, balanceándose a atrás y adelante.

Súbitamente se levantaron, y el anciano hizo sobre el fuego una serie de pases. Al mismo tiempo la hoguera se cubrió de serpientes vivas, en las cuales

reconocí ejemplares de las clases más terribles de África. A una palabra pronunciada en árabe por el anciano, las culbras que se habían extendido por toda la habitación, se replegaron al fuego desaparecieron. El joven, que no había tomado ninguna parte en esta operación, abrió entonces la boca a la cual se asomó la cabeza de una serpiente. Debo advertir que, a excepción del tocado de plumas, los dos hombres no llevaban nada sobre sus cuerpos, lo que hace desvanecer toda posibilidad de escamoteos y trampas.

El hombre pluma.

Se extendió el viejo en el suelo, completamente rígido, y a una señal suya su compañero y yo lo levantamos por los pies y la cabeza hasta una vara del

suelo y lo dejamos; permaneció flotando en el aire, y después, con gran tranquilidad, en la misma posición, se puso a dar vueltas alrededor de la cabaña hasta que concluyó por salir fuera de ella por uno de los lados, como el rayo del sol entra por el cristal sin romperlo ni mancharlo. Volvió al poco. En el penacho de plumas con que tocaba su cabeza se notaban algunas gotas de agua de la lluvia que caía a la sazón.

Evocación.

La experiencia que siguió fué una evocación. Echaron ambos al fuego gomas y demás materias olorosas. Después quedaron en silencio un gran rato, que a mí me pareció una hora, interrumpido sólo por el murmullo del viejo, que recitaba las fórmulas necesarias. Al cabo de este tiempo apareció en medio del fuego un anciano venerable. Era evidentemente un inglés. El evocador temblaba como un azogado. Con seguridad él esperaba un negro y no un hijo de Albión. Por más que hice el espectro no quiso contestar a ninguna de mis preguntas. Por fin se pronunciaron las palabras que venía al caso y el inglés se desvaneció.

A cuchilladas.

Terminaron los dos experimentadores por hacer algo más serio y que yo tenía grandes deseos de ver. Era nada menos que una representación de los célebres misterios de los sacerdotes de Baal. Los dos compañeros se pusieron a dar vueltas en sentido contrario y en un círculo tan grande como lo permitía el espacio de la cabaña. De vez en cuando giraban sobre ellos mismos y entonaban un canto extraño. Después aceleraban el canto y el movimiento y continuaban dando vueltas. Se sintió un ruido sordo y sus dos manos diestras aparecieron armadas de sendos cuchillos. Todas las veces que se encontraban en el círculo que iban describiendo en sentido contrario, se acometían causándose heridas terribles en todas las partes del cuerpo.

La escena era de un horror indecible. Los cuerpos negros aparecían rojos por la sangre que manaba de las heridas y



los gritos continuaban cada vez con más furor. Parecía aquello una aparición del Pandemonium. Un mar de sangre cubría el suelo de la cabaña. Por fin las vueltas cesaron y el más joven cayó al suelo, su compañero enjugó cuidadosamente las heridas de los dos cuchillos y las cubrió con una especie de ungüento negro asqueroso. Las heridas continuaban sangrando en abundancia, pero evidentemente, por lo que pude observar, era sangre venosa, ninguna arteria había sido cortada por los cuchillos de los terribles luchadores. El viejo cogió el cuchillo untado con aquella materia y lo pasó por las heridas de su camarada que se erraban inmediatamente. Cogió del mismo ungüento en las manos y le frotó rápidamente todo el cuerpo. El joven hizo con el viejo lo que el viejo había hecho con él, y los dos quedaron tan sanos como antes de haber comenzado a acuchillarse.

Yo, si no viera el suelo aún con manchas de sangre, creería que había estado soñando.

Al día siguiente desaparecieron sin que nadie los hubiera visto.

Subé.

Los negreros de la costa Occidente de África, conocen los espantosos misterios de Obegah (Obi) y el extraordinario poder de las mujeres de esta región. Estas mujeres son negras, feas y se parecen menos a una mujer que a la momia de un mono. Los hombres, sin excepción, son ignorantes y simples, sus esposas ofrecen sacrificios humanos en las condiciones más horribles a Satán, que según dicen ellas habita en el cuerpo de una araña comedora de hombres. Evocan los espíritus del mal y su poder excede en mucho a lo que puede figurarse la imaginación más exaltada.

Subé, la mujer Obegah del Cameron, tenía cerca de seis pies de altura y los naturales del país decían que contaba de edad muchos cientos de años. Su rostro arrugado y deformado parecía el de un gorila y mirándole bien podía creerse que era contemporánea de la creación; en cambio, el cuerpo conservaba la pureza de líneas y la belleza de la juventud. Llevaba siempre en la mano lo que parecía ser el principal instrumento de su poder: un tubo agujereado de unas cuatro o cinco pulgadas de largo. Cuando no lo tenía en la mano lo guardaba en una bolsa que pendía de su cintura.

Una cosa extraña observé en aquella especie de cetro de Subé: salía siempre de él un humo azulado y a pesar de esto el tubo siempre estaba frío. Jamás olvidaré la muestra que me dió por primera vez de su poder. Me mandó entonces cerrar los ojos, y cuando por su orden los abrí, me encontré con ella puesta de pie en la palma de mi mano derecha sin que notara el menor peso. Volvió a mandarme cerrarlos y abrílos instantáneamente. Cuando lo hice había desaparecido. Mi-

raba yo por todas partes buscándola y sentí caer una piedra a mi lado, miré hacia la dirección que había traído y vi a Subé sentada tranquilamente en un acantilado de unos quinientos pies de altura. Creí naturalmente que se trataba de un «doble».

Cómo Subé mataba a los animales y convertía el hombre en mujer.

Cuando Subé quería matar un animal para su alimentación ó para cualquiera otra cosa, dirigía sencillamente su tubo hacia él como si le apuntara con un revólver. Nada se veía salir de aquel cañón; pero al cabo de algunos instantes se veía a la víctima rodeada de una especie de nube brillante, y a través de la cual se la veía revolcarse. Al examinarla no se les encontraba señal alguna de herida. Creo que Subé podía hacer esta operación a una distancia considerable.

La prueba más terrible que la ví dar de su poder fué la transformación de sexos. Un día, ofendida por el jefe, le dijo: «Te convertiré en mujer»; colocó sus manos sobre los hombros del desgraciado que presa del terror temblaba como la hoja en el árbol, primero hizo desaparecer de su rostro los bigotes, trocó sus brazos musculosos en flácidos y débiles como los de la mujer africana; los pectorales se cambiaron en pechos y en menos de diez minutos no tenía el jefe traza de varón. Era una vieja escuálida y arrugada que temblaba de miedo.

TAUDRIADELTA.





LA VIRGEN DEL ROSARIO.- Cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.

LAS MUJERES DE LOS GRANDES HOMBRES FUERON SIEMPRE FELICES

¿Por qué? ¿Es que la gloria trae consigo el amor y la dicha conyugal? No, ciertamente. Los hombres célebres no aman más que los otros mortales. Es sólo su «modo» de querer lo que par-

das las glorias y todas las vanidades.

La muerte de tres hijos queridos llevólos a la tumba sus dichas maternales.

Para el hombre, esos sufri-

que hablamos murió a los sesenta y tres años, sin haber tenido un solo pesar del que pudiera echar la culpa a su es-

pos. ¿Cómo es posible no reconocer que la esposa de Lamartine dió por el grande hombre cuanto es dable ofrecer en holocausto de una pasión?

Comenzó por abjurar espontáneamente el protestantismo á fin de que los esposos no tuvieran más que una religión, como ya era una sola su alma.

Cuando nació su primer hija, consintió que ésta llevara el nombre de Julia en recuerdo de la mujer que le había precedido en el corazón de Lamartine.

Durante los cuarenta años que vivieron juntos no tuvieron más que una voluntad y no se separaron jamás.

El solo defecto de esta mujer verdaderamente superior fué conservar la pudibundez de su raza inglesa hasta el punto que espurgó la obra colosal de su esposo, haciéndole reformar, no sólo aquello que pudiera herir los sentimientos más puros, sino incluso incitándole á sustituir palabras que nada tenían de pecaminosas, siendo no más que la expresión de apasionados conceptos.

Esto era absurdo. No obstante, por no contrariar á su compañera Lamartine respetó la extraña manía.

Sólo después de su muerte, la sobrina del gran escritor restableció lo desfigurado, dejando los manuscritos tal como fueron pensados, sin quitar punto ni coma.

Los esposos Lamartine reposan juntos, uno al lado del otro,

de su fantasía creadora. Comenzó á cartearse con él á título de simple admiradora, y el novelista, que no desdefiaba las aventuras, puso gran complacencia en el cambio de epístolas con una mujer bella—que por retratos conocía—, rica y de cultivado talento.

A fuerza de insistir, Balzac obtuvo una cita de su admiradora. Fuéron Suiza, en un jardín público. Se había convenido en que ella tuviera sobre sus rodillas un libro abierto. El día y a la hora señalada, llegó Balzac, que la abordó resueltamente. La dama se desmayó en sus brazos, y loca de amor, bien pronto quedó convenido el matrimonio. Tal fué el origen de este matrimonio, en el que ambos cónyuges gozaron de felicidad perfecta, y eso que al verse por vez primera, ellos mismos confiesan en sus «Memorias íntimas» que la impresión no pudo ser más equivocada; ella le soñaba gallardo; él, la suponía en posesión de una gran fortuna, pues es preciso advertir que cuando Balzac comenzara el *flirt* con la que después fué su esposa, arrastraba una vida bohemia con más trampas que versos hacía.

Todo, en la realidad, era distinto. El novelista era un mal tipo; la dama, apenas contaba con lo preciso para poder vivir. No obstante estas disilusiones, al poco tiempo de tratarse se enamoraron de veras, particularmente ella, seducida por el talento del grande hombre.

Dos pasiones—decía Berlioz—han dominado mi vida y son las únicas de que conservo perennal recuerdo: la ternura que siento por mi esposa, hallada casi al fin de mis días y mi entusiasmo por la intérprete de Shakespeare. Estela fué la rosa que floreció en mi aislamiento, la melodía de todos mis conciertos, así el de mis gozos como aquel otro invariable de las tristezas.

El gran Berlioz conoció á la que tanto quiso y fué su compañera, siendo director de un teatro en el que se proponía explotar en Francia obras del repertorio inglés. Allí fué á parar una modesta artista, arruinada, por quien Berlioz llegó á enloquecer de amores llevándola al altar. Dicen las crónicas que al principio no fueron estas sus intenciones, pero habiendo recibido una constante repulsa decidió proponer el matrimonio á aquella virtud romana.

No era ella, precisamente, lo que se llama una mujer distinguida, pues es de advertir que su origen no podía ser más villano: hija de una planchadora. Su hermosura popular, con anchas caderas, cautivó á Héctor Berlioz. El mismo día de sus bodas marcharon de viaje, pasando la luna de miel en una cabaña de campo mandada construir ex profeso en el bosque de Vincennes.

Allí vivieron dos meses, en pleno idilio, luna de miel prolongada en el curso de una larga existencia.

Michelet fué casado dos veces, pero el gran público no conoció más que á su segunda mujer: Adela Malaret, que tanta influencia ejerció sobre él. Algunos de sus biógrafos se atreven á juzgar excesivo el ascendiente que sobre el grande hombre tenía su esposa, acusándole de haberle sugestionado hasta el punto de ordenarle la interrupción de su gran historia de Francia para que lanzara otros libros que, como *El pájaro*, *El insecto*, *El amor*, *La mujer*, *El mar* y otros, están muy por debajo de los excepcionales méritos del comentarista de la revolución del 93.

Michelet tenía cincuenta y cuatro años cuando su mujer

apenas contaba veintidós. Mas él era tan joven como ella de imaginación y de espíritu todo.

Racién casados partieron para Nantes y alquilaron una gran casa de campo, á la orilla



Doña María Beruete.

ticulariza sus afectos. Aun amando mucho parece siempre que no es lo bastante. Por lo menos tal es la opinión de sus esposas, quienes deben, ante todo, desterrar de su alma la pasión de los celos.

La gloria es como una lámpara que atrae todas las mariposas en su derredor.

El hombre que la alcanza se ve inmediatamente solicitado por una multitud de demonios con figura de ángel que tiranizan su voluntad.

El fallecimiento de la virtuosa dama, compañera del ilustre jefe del partido liberal, presta actualidad á esta página femenina en la que vamos á bosquejar brevemente como nos lo consiente el espacio, la silueta moral y las dichas conyugales de quienes, como doña María Beruete, tuvieron por esposo á varones preclaros, cuyos diversos talentos abrieron de par en par las puertas de la fama.

La señora de Moret, no obstante la brillantísima posición en que la había colocado la suerte, tuvo siempre por norma una ejemplar modestia.

Oculto en el santuario del hogar, pocas veces apareció su

mientos hallan lenitivo forzado en los trabajos de la vida pública, en la labor patriótica que les hace vivir para los otros. La mujer, toda sentimiento, sufre con más intensidad el peso del infortunio.

En la vida de todo grande hombre hay que buscar siempre la influencia que ejerce una mujer.

Casi siempre, fueron éstas felices.

Veamos si no la prueba, reparando la existencia de algunas esposas de hombres célebres.

Si la dicha conyugal estriba en la fidelidad del marido, podría afirmarse que la mujer del autor de *Los mártires* y del *Genio del Cristianismo* fué la más desdichada de las esposas.

Con dificultad podría encontrarse nadie que superara á Chateaubriand en lo de gustarle las faldas, así, en plural, un plural infinito.

Apenas casado, marchó solo á Inglaterra, dedicándose á dar lecciones de francés y á hacer el amor á cuantas inglesitas le gustaban.

De regreso en Francia, llevado de sus sentimientos religiosos, cumplió con su deber y fué á vivir con su esposa. Mas pronto volvió á abandonar á su compañera, corriendo, loco, tras nuevas aventuras. Por segunda vez llegó arrepentido cerca de la dulce, la buena, la santa madame Chateaubriand, que recibía al ingrato con los brazos abiertos. La pobre abandonada se decía que, siendo ella, como era, la esposa de un hombre providencial que tanto había hecho en pro de la religión católica, bastaba para su gloria, que tal era su dicha.

La mujer de Lamartine fué todo lo dichosa que puede ser una madre que pierde dos hijos pequeños.

Casada por amor después de haber tenido que luchar mucho contra la oposición de sus padres, que no admitían por yerno á Lamartine, la dama de



Madame de Lamartine.

en el cementerio de Saint-Point, y aunque él, desde luego, fué el que logró para su nombre la aurea de la fama, ella, por su parte, fué siempre su digna compañera. ¡Qué mayor elogio!

Madame Hauska, viuda, casó en segundas nupcias con el insigne novelista Honorato de Balzac.

Poco tiempo duró el matrimonio que deshizo la muerte. Era esta dama de una belleza noble é imponente, acaso de expresión algo austera á primera vista, pero que ella sabía disimular con las gracias de su privilegiada persona.

Mad. Balzac era poseedora de los brazos más hermosos que jamás se han visto, de un cutis de nácar, cien veces cantado en peregrinas estrofas, y de unos ojos negros fulminadores é inquietos que, con los labios rojos, daban á la mujer del grande hombre un aspecto extremadamente sensual.

Balzac, en cambio, era bajito y de un feo subido. A la edad de treinta años no tenía un hueso en la boca, y esto le desfiguraba horriblemente cuando reía; que era casi siempre. Pero cuando hablaba operábase el encanto. Enmudecían todos.

¿Cómo seres tan distintos—marido y mujer—pudieron vivir juntos y felices?

Preguntádselo al genio. Madame Hauska, como la desconocida de Merimée y como tantas otras, después de haber leído mucho á Balzac se enamoró



Madame Berlioz.

del río Erdre, amueblándola con gran suntuosidad.

Un cronista de la época refería el acto de una comida íntima en casa del gran Thiers, y decía así:

«En derredor de una antigua mesa de roble tomaban asiento Mr. Thiers, su esposa y los padres de ésta, unos buenos viejecitos.»

Madame Thiers sólo cuenta dieciséis años, aunque representa algunos más. Tiene bellos colores y una espléndida cabellera, grandes ojos que aún no dicen nada y una boca grande é infantil.

No habla apenas más que con su marido, con quien se muestra comunicativa, apasionada y locuaz.»

Así vivieron, ignorados, dichosos, siendo ejemplo de existencias tranquilas y campesinamente buenas hasta la elevación de Mr. Thiers á la presidencia.

Después brilló en el mundo madame Thiers, y aquel su primitivo carácter tímido y que sólo disfrutaba en las fiestas de familia, aficionóse á la vida de sociedad y de esplendores.

Aún se la ve todos los años en la iglesia de Notre-Dame de París, arreglando por sí misma los detalles en las honras fúnebres que se celebran por el alma de su esposo.

Esta dama reinó cuarenta años en la vida del grande hombre que no tomaba ninguna determinación grave sin consultarla con su fiel compañera.



Madame Thiers.

¡Gloria á las mujeres que como todas las citadas, tan bien saben cumplir su misión en la tierra!



Madame de Chateaubriand.

nombre en las columnas de la Prensa.

Con elementos para lucir en el mundo, abdicó por amor to-

UNA NOTA DE ARTE ACERCA DEL PROCESO RULL



CUADRO PINTADO POR EL INSIGNE ARTISTA JULIO BORRELL Y QUE REPRESENTA LA VISTA DEL PROCESO RULL EN LA AUDIENCIA DE BARCELONA
(Fotografía Moragas)

Por esto, los fervientes adoradores del *jiu-jitsu* preconizan cada mañana un ejercicio de respiración, al aire libre, el cuerpo bien derecho, sin elevar la espalda á cada una de las aspiraciones ni hacerla descender en el movimiento contrario, colocando ambas manos sobre las caderas.

Siguiendo este plan al pie de la letra, los músculos de que hablamos entrarán en juego, funcionando normalmente.

Desde este punto de vista los cuadrúpedos están mejor dotados que el hombre. Es necesario que todas las mañanas, sin que atemorice el cansancio de los primeros días, se hagan ejercicios respiratorios en la forma indicada durante quince minutos, por lo menos.

Contráigase esta costumbre. Los pulmones irán fortificándose de un modo gradual, y por ende, el organismo todo.

Estas respiraciones favorecen la vida del corazón; regulan sus funciones haciendo más normales los movimientos de sístole y diástole.

También es medio excelente tenderse á lo largo, boca arriba y con los brazos en cruz y abiertas las piernas, «respirar fuerte».

Añadamos, por lo que concierne á la higiene cardíaca, que al principio conviene evitar al corazón las palpitaciones que causan los movimientos precipitados y que requieren esfuerzo.

El *jiu-jitsu* no es un ejercicio de fuerza; conviene recordarlo; lo es, sí, de habilidad y destreza en el cual un vigor ordinario, multiplicado por los coeficientes de calma y ciencia, derrotará siempre á los que sólo llevan como arma de combate la instintiva acometividad y resistencia de la fuerza bruta.

El *jiu-jitsu* debe ser practicado sin apresuramiento alguno en los incidentes de la lucha.

No olvidemos, pues, la esencialísima parte que toma la función respiratoria en la preparación de los que quieren entrenarse para llegar á ser profesores de *jiu-jitsu*.

¿Tendremos necesidad de decir que los maestros japoneses, antes de entrenar á uno de sus discípulos y admitirlos en sus escuelas profesionales le exigen, desde luego, dulzura de carácter, sumisión al maestro, cortesía, en una palabra, igualdad de caracteres?

A los que de esto se asombren no es ocioso advertir que el *jiu-jitsu* encierra golpes excesivamente peligrosos que, dados bajo la influencia del enojo, pueden producir la inutilización de un miembro, la ruptura de numerosos músculos, la muerte misma.

He aquí por qué los fervientes del *jiu-jitsu* tienen que ser calmosos, tranquilos, como esencialmente lo son los japoneses. Después de la calma, el agua juega un gran papel en la higiene de los adeptos del *jiu-jitsu*.

pio mismo de la salud. ¡Cuántos alimentos nocivos figuran á diario en la mesa de los europeos!

• Ellos son gérmenes de enfermedades desconocidas en los pueblos de Oriente.

El arroz, que es la base de la alimentación japonesa, cocido al vapor es muy nutritivo y no necesita ser condimentado de otro modo.

Tal como se prepara el arroz en Oriente, no se parece en nada al arroz de nosotros. Reducido á polvo es muy agradable al paladar, más sano y más fortificante que la mejor de nuestras harinas de trigo.

¿Por qué en España no se come casi el arroz, prefiriéndose los garbanzos, más indigestos, y legumbres de asimilación tan difícil como las patatas?

Con el arroz se contentan esos intrépidos soldados del Japón, hallándolo exquisito é incluso sirviéndoles de reconstituyente.

También nosotros comemos poco pescado, á diferencia de los ingleses, que hacen de él un gran consumo.

El pescado es una de las bases fundamentales en la cocina japonesa. Constituye también la alimentación más sana, ya sea frito, cocido ó en salsa.

Es bien cierto que un español no se acostumbraría tan fácilmente á comer pescado cocido, como hacen los japoneses, acompañándolo sólo de una ligera salsa. Pero, ¿quién sabe? ¡Se ha hecho resistir á nuestros estómagos tantos horrores, inventados por la cocina francesa, condimentos nocivos á la salud, desagradables al paladar y que, sin embargo, impuso la novedad ó la costumbre!

En Oriente, ocupan las legumbres el segundo lugar en la alimentación: entre el arroz y el pescado. Y no hay que olvidar que se trata de un país próspero y traba-



Golpe en la garganta sirviéndose de la mano á modo de cuchillo.

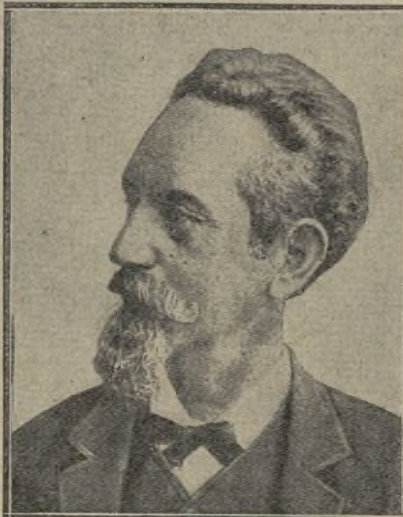


Anticipémonos á declarar que el *whist* es un juego de naipes usado generalmente en Inglaterra por todas las clases sociales. Su popularidad es tanta que se habilitan grandes y lujosos salones públicos para celebrar las partidas, de las que se puede formar parte mediante el pago de un chelín. Ofrecense, como premios, ajuares de novia, mobiliarios completos, etc. Con pretexto de jugar al *whist* se establecen relaciones entre muchachas y muchachos, que suelen acabar en boda, como sucede en España con la lotería de cartones alrededor de la clásica «camill».



Enrique Vargas, decano de los matadores de toros, autor de un Manifiesto en que se trata la famosa cuestión de los mueras

El "xich,, de la barraqueta



D. Juan Martí, popularísimo federal, fallecido el día 19.



Conociendo los americanos las grandes prosperidades que se siguen cuando en un país se atiende principalmente al desarrollo agrícola, no cesan de estudiar cuantos medios conduzcan á que sea mayor cada día el entusiasmo de todos por labrar la tierra.

A este fin organizan muchas é interesantísimas conferencias. Para dar una prueba del grado adonde llega el espíritu práctico de los yanquis, que todo lo aprovechan, véase nuestro grabado, que representa una lección de agricultura á bordo de un tren.

jador, en donde la jornada obrera es de doce horas. Luego no andarán muy equivocados cuando eligen tal sistema de nutrirse.

De lechuga, tan calmante para los nervios excitados, así como de tomates, hacen los japoneses un gran consumo. Ellas son las más sanas, las más alimenticias, las mejores legumbres.



Resortes de respuesta para repeler una agresión brusca.

Los hombres hercúleos que abatieron las pirámides de Egipto, no comían otra cosa que cebolla cruda. Y sólo empleaban el esfuerzo de sus brazos, realizando una obra que hoy mismo sería difícil á pesar de la electricidad, el vapor, los barrenos los adelantos de mecánica moderna y otros elementos que el progreso y la cultura de los tiempos ha puesto á nuestra disposición.

He aquí un *menú* de la clase media japonesa para que tengamos una idea de la admirable sobriedad de este pueblo tan enérgico: un gran plato de arroz, pepinos y cebollas y pescado. De postre, frutas y pasteles de harina de arroz. Y esto es todo.

¿Bebidas? Agua ó té; pero generalmente agua clara, jamás helada. Es este un *menú* de verano. En invierno se prepara otra lista

de platos á propósito para desarrollar calórico, añadiendo huevos duros, rara vez leche y jamás carne.

He aquí cómo se nutren las gentes vigorosas, activas, trabajadoras y enérgicas que ignoran las enfermedades del estómago, la dispepsia, la indigestión y los desarreglos intestinales.

Todo el mundo sabe que los japoneses resisten cargas sobre sus espaldas que fatigarían á un europeo forzado.

De la buena nutrición proviene la fuerza muscular y la salud.

Ensáyese en España el régimen alimenticio de los japoneses, y estamos seguros de que se fortificará la raza.

La carne no es—como se cree por la generalidad—un alimento completo.

La raza amarilla—que apenas la consume—reúne en sí el máximo de energía, valor y voluntad.

Pasemos á la respiración. Todo lo que vive respira: las plantas, los peces, los anfibios, los hombres. Para estar sano, es de toda evidencia que precisa respirar bien.

El que respira mal, sea porque su garganta, su cavidad torácica ó sus pulmones son defectuosos, sea porque vive en un medio malsano poblado de gases deletéreos, está amenazado de asfixia, es decir, de la muerte.

Pocos sabrán que el respirar es un arte y puede ser una ciencia. En todo caso, merced al estudio, puede perfeccionarse la función respiratoria.

Los conocimientos anatómicos son indispensables al que quiera dedicarse al *jiu-jitsu*, llevándole á saber que una respiración perfecta es absolutamente indispensable para la salud general.

Al cabo de los siglos, ha comenzado la humanidad á preocuparse de saber respirar «entrenando» los pulmones á fin de procurar la respiración «hon- da» y que sea completo el juego de todos los músculos de la cavidad torácica.

Aquellos que particularmente interesan la fuerza de nuestros organismos y que debe de cuidar con mas atención el que vaya á dedicarse al *jiu-jitsu*, son los músculos que existen encima de las caderas. Su buen funcionamiento es del todo preciso á la vitalidad general del organismo.



Medio de reducir un adversario á la impotencia.



cedimiento sumarisimo deja en mantillas á los consejos de guerra.

Lanzar á un vecino es hoy para los propietarios una operación tan sencilla y tan veloz como lanzar una blas emia.

En cuanto á las Compañías de electricidad es una bicoca lo que se proponen hacer mis paisanos: rebajar las tarifas, suprimir el pago de los contadores, mejorar el fluido; los trabajos, unidos, de Hercules y de Teseo, que, juntamente con el de jurado de concurso de comedias y el de taquígrafo de los discursos de Rodríguez San Pedro, eran tenidos, hasta ahora, como los mayores trabajos del mundo.

Ahí es nada lo que pretenden mis paisanos.

Yo en esto tengo una tristísima opinión: la de dejar las cosas como están para que no se pongan peor; pues no se ha dado el caso de pretender alcanzar de empresas ó compañías alguna mejora en bien del público, que no se haya conseguido lo contrario.

Puedo citar diez mil ejemplos.

Ahí está, sin ir más lejos, la Compañía Arrendataria de tabacos; cada vez que se inicia una campaña contra la mala calidad de los cigarillos eleva el precio de las cajetillas.

Yo me libro muy bien de ponerme delante de mi casero para que mi presencia no le haga pensar en mí y me suba el cuarto.

Cada vez que veo que la opinión pública reclama algo, tiemblo por su suerte; se reclamó la libertad de cultos y vino la ley de jurisdicciones.

Se pidió la supresión de los consumos y aumentó el impuesto de las cédulas.

Milagro será que el actual movimiento democrático no traiga el restablecimiento de los antiguos diezmos y primicias.

España es el mendigo infeliz á quien, sobre no darle la limosna, le roban el platillo.

¿quién hay otra manera de

mendigar que como lo hacía Rinconete: el sombrero en medio de la carretera y la boca del trabuco asomando por entre los setos.

Una limosna por amor de Dios ó te descerrajo un tiro.

Esta debía ser la fórmula de todas las exposiciones de la opinión pública.

En cuanto á la tercera olimpiada de mis paisanos los hijos de Madrid, ó sea la campaña contra el inesperado mercanti-

Muy santo y muy bueno que ese sueño de hadas se realice y que lo explote el Ayuntamiento en bien de todos los servicios municipales de la villa y corte; pero que el Municipio se encargue de aporrear los fondos necesarios, si algunos se necesitan adelantado para tan clara empresa, que muchas bien obscuras he visto yo nacer al flado.

Pero no se por qué razón hemos de abonar particularmente todos los vecinos el capital so-

Madrid, y si las realizan habrán superado la epopeya de *Dos de Mayo*, y las glorias de Daciz, Velarde y Ruiz quedarán eclipsadas por la de los vencedores de los caseros, de las Compañías eléctricas y de Canal.

El grito de ¡Viva la Independencia! será en la Historia patria un rídiculo gemido al lado del rugido triunfante de ¡Viva el caño libre!

La defensa del Parque de



Mis queridos paisanos los hijos de Madrid, porque ya he dicho veinte millones de veces que soy madrileño, han tomado sobre sus hombros la denodada empresa de cerrar á la vez contra la ambición de los caseros, contra los abusos de las Compañías eléctricas y contra la inesperada fiebre de mercantilismo del Canal de Lozoya.

Pretende, muy bien pretendido, que los propietarios no pongan á sus fincas precios exorbitantes y que depositen en el Banco el importe de las fianzas para que redituen á los inquilinos.

Porque con esta exigencia del mes adelantado y del mes en fianza se encuentran los caseros con un capitalito prestado sin interés por los vecinos y que, como es natural, no tendrán muerto de risa en su caja de caudales.

Casero habrá que se lo preste, como usurero, al propio inquilino á un tanto por ciento elevado, y se dirá el caso estupendo de que un individuo esté pagando interés por un capital que es suyo.

También pide la abolición de la novísima ley de desahucios, votada por influencia y en honor de los caseros, y cuyo pro-

yecto del Canal del Lozoya, no me parece menos noble que las dos anteriores, pero tampoco me parece menos heroica.

Muy santo y muy bueno que el Canal tenga un poderosísimo salto de agua y que á su delegado regio el Sr. Sánchez Toca se le haya antojado que con ese salto de agua puede montarse una gran fábrica de fluido eléctrico, reguladora, que alumbrará espléndidamente á Madrid y acabe con los abusos de las Compañías monopolizadas

cial de esa nueva industria pagando el agua, á menos que se nos entreguen bonos reembolsables que, una vez satisfechos los gastos de la instalación de la nueva ELÉCTRICA DEL CANAL, pasen á ser acciones preferentes.

Pero ya verán ustedes cómo damos el capital y no cobramos el interés, lo mismo que nos ocurre con la fianza de los caseros.

Arduas son las tres empresas que se han propuesto llevar á cabo mis paisanos los hijos de

Monteleón contra los franceses será gran de años comparada con la defensa del Centro de Hijos de Madrid contra los explotadores.

Habrán que exigirles un monumento y que organizarles una procesión cívica.

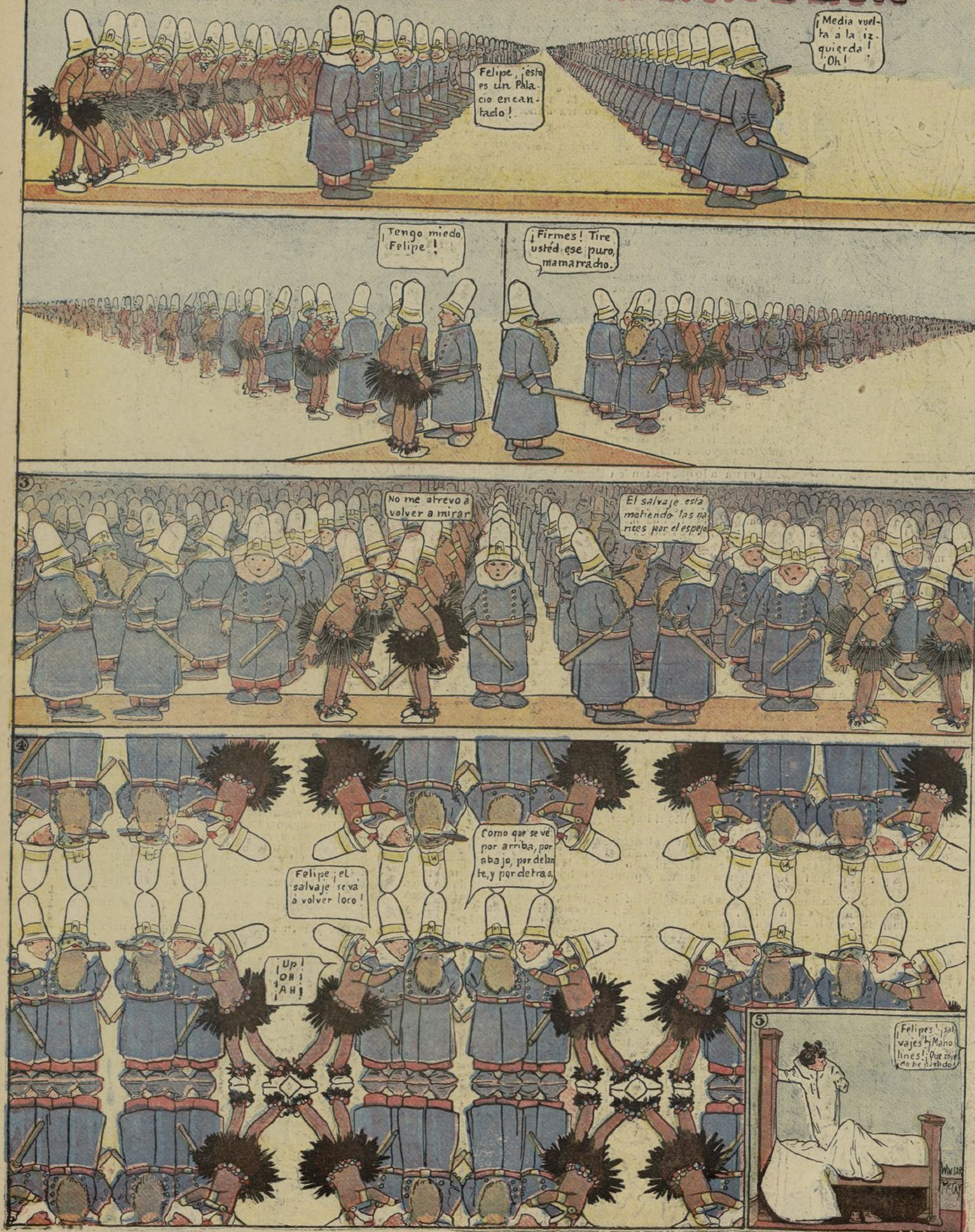
Veremos si la dedicatoria hay que hacerla á los héroes ó á la víctimas.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

(Dibujos de TOVAR.)



LOS SUEÑOS DE MANOLIN



originales propiedad del «NEW YORK HERALD»

Impreso en máquina rotativa especial para colores. — Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.